

El regreso del peregrino

Belmonte Serrano
Doctor en Letras

PIENSO en los que hace unos días han tomado ese tranvía, llamado no desecho sino esperanza, camino de Lourdes. Pienso en todo ese fundado entusiasmo que llevan como principal equipaje y que es algo así como el misterioso motor que les conduce, acaso un tanto aceleradamente, hacia la fe y la definitiva curación del cuerpo y del espíritu, siempre enfermo desde que se dictaminara que el vivir mismo es pecado. Sonríen. Caminan como aquellos milicianos que bromean sobre la guerra porque aún no han conocido sus atrocidades, porque aún no saben qué pueda significar la palabra derrota. Abatidos por la enfermedad, pero felices. Peregrinos de una patria en la que Dios es el único juez, el único rey, porque sólo en Él, y en nadie más, han puesto toda su esperanza.

Así parten, sabiéndose alegres y únicos, porque elevan sus ojos hacia lo más alto y ven que alguien les contempla y les habla a los oídos, casi rozándoles con sus sedosos labios, con serena y suave voz.

Pero pasa el tiempo. Ni el propio Dios sabe detenerlo. Y regresan. Ahora no quieren hablar de milagros. No pueden evitar, sin embargo, que sus mentes, una y otra vez, retornen como el ave al lugar en donde el hortelano robó su nido, a lo que todos dicen, a ese rumor fundado y espeso que habla de parálisis que vuelven a sus casas por su propio pie, con la silla de ruedas plegada, cansados y contentos como el propio Ulises, a quien sólo su can supo reconocer. Y todo eso —se aferran nuevamente al tormento de sus ideas— no puede ser mentira. Lo cuentan los periódicos. Lo ha dicho el propio Santo Padre, que nunca se equivoca, pese a tener alma de obrero. Y regresan. Regresan con los mismos atributos de la enfermedad con la que un día se marcharon a cuestras. ¿Qué hacer ahora con la fe, con todas esas montañas que poco antes la fe movía? ¿Qué hablar en la próxima conversación con Dios? ¿Cómo comenzar su diaria plática con la Virgen, con los muchos santos de su devoción: San Patricio y San Ful-

gencio, claro, por ser de la tierra? Sólo Dios, creen descubrir al fin, sabe el secreto de la existencia. Sólo Él conoce los inefables mecanismos de la más enrevesada y caprichosa milagrería, y para Él se los guarda. Y contra todo ello no valen rezos. No valen trenes ni ilusiones siquiera. Así dicen los peregrinos que ya han regresado. Y lo expresan en tanto ponen sus ojos en otros ojos que, poco a poco, descubren que son los suyos propios. Frente al espejo, que nunca engaña.

Mañana, cuando les llegue el sosiego a estas horas turbulentas, a este agobio radical de soledad, tras consignar que la enfermedad, el miembro mortalmente herido, sigue ahí, en su sitio, irremediamente abandonado a su funesta suerte, los que un día fueron peregrinos volverán sus ojos hacia la hermosa e irrepitible luz de la mañana, olvidarán a Dios y comenzarán a creer en ellos mismos. Aunque cotidiano —pensarán al fin—, es éste el único y verdadero milagro de la existencia nuestra de cada día.

La huerta rodeada

José Luis Cano Clares
Arquitecto

BAJANDO desde Cartagena o de los montes de Molina, el paisaje de la Huerta se observa extraño. Bien es verdad, que excepto en los días limpios de otoño o de invierno una bruma perenne envuelve todo y la ciudad en el centro aparece sumergida en un extraño magma.

La aproximación al fenómeno urbano del vallo requiere un distanciamiento previo, una lejanía voluntaria que permita observar todo aquello que por obvio y frecuente nos pasa a diario desapercibido.

El proceso de concentración urbana, característico de nuestra sociedad, nos afecta y la expansión en sus distintas formas consume y modifica el territorio. El verde continuo se va volviendo terroso, ocre de baldíos, y blanco o brillante de construcciones dispersas.

El fenómeno no es nuevo; si acaso se hace más persistente a medida que la ruptura del tapiz vegetal lo va descomponiendo en fragmentos menores, cada vez más pequeños. Y no es una ciudad la que se extiende. Son multitud de núcleos en crecimiento a la vez los que van aumentando su presencia, envolviendo entre todos la mancha vegetal.

Entre ellos las manchas pequeñas y alineadas muestran los efectos que sobre el medio producen dos conceptos urbanísticos opuestos, confundidos sólo por su proximidad: El desarrollo sistemático, sujeto a planeamiento y la construcción autónoma sobre el medio rural.

El primero da la impresión de ser el principal adversario de la Huerta. Su imagen compacta y poderosa se nos ha presentado siempre como el temido invasor de un medio más valioso. Sin embargo, con las cuentas en la mano es el más benéfico, el menos consumista de espacio. Las distintas intervenciones que derivan del planeamiento consumen un promedio de 170 metros cuadrados por vivienda, y en ellos se incluyen calles, jardines, comercios y equipamientos públicos, urbanizados.

El otro sistema afecta, donde menos a una tahulla por vivienda y no genera nada más, ni jardines ni calles. No exige obras de urbanización ni más costos que el del terreno. No hay duda de que la rentabilidad agrícola no supone ningún freno a esta reconversión del dúplex o la nave y, aquello que no se concibe como una alternativa a la ciudad se aproxima física y conceptualmente a ella, densificándose y generando demandas de comunicación, infraestructuras y servicios nada rurales; compitiendo a costos inferiores con los ensanches de la ciudad y de los demás núcleos.

La Huerta no desaparece por el crecimiento de los núcleos; su desarrollo es lento, ordenado y económico. La va a matar precisamente su propia capacidad de transformación, su vitalidad para adaptarse, como espacio económico que siempre fue, a una nueva realidad de este aspecto, que se impone a las voluntades administrativas o políticas. Los hechos son tozudos. La ciudad lleva camino de rodear la huerta, de encerrarla en su interior invirtiendo el concepto.

La vertebración del valle, supramunicipal, no debe ser un concepto retórico. Las frases vacías de contenido condicionan el modelo urbano de nuestro siglo. La huerta imaginada, sublimada o instrumentalizada desde círculos interiores se ha querido imaginar rural y estática, justificando un crecimiento selectivo, limitado y vertical que no despega hacia lo ancho.

No habrá vertebración sin carreteras, ni comunicaciones ágiles o servicios urbanos, que no podrán llegar a todas partes y que terminarán por aclarar las diferencias. Sin uniformidad de métodos y sin un análisis complejo que contemple el valle como territorio urbano a ordenar. Sin visión de conjunto física y objetiva.

La densificación del diseminado continúa. Desde el viejo recinto debería abordarse esta cuestión, como desafío urbanístico. Actualizando abiertamente la función de este espacio interior que fue la Huerta.

CHUMY CHUMEZ



Casiano: algo más que un policía

■ Nada más mirar la página correspondiente a deportes del 18 de junio, he aquí que me encuentro con una noticia que me llena de auténtica alegría, como es que el atleta-policía Casiano Navarro coronara la cima del Collado Bermejo en primera posición, prueba ciclista de un duro trazado.

Y digo que me llenó de alegría tal noticia; no sólo por el éxito deportivo, sino también por el hecho de que un funcionario del Cuerpo Nacional de Policía destaque por ser algo más que eso.

Aparte de ser muy buena persona, este atleta-policía, siempre que ha conseguido éxitos, ha hecho ver a todos que dentro de esta bendita profesión, existen funcionarios que son capaces de demostrar otra serie de facetas. Casiano siem-

pre ha sabido imprimir confianza y camaradería entre los que tenemos el honor de conocerle, así como simpatía, delicadeza y orgullo de ser lo que es y pertenecer a donde pertenece.

Sirvan estas líneas, para darte mi más sincera y pública felicitación, a la vez que animarte a que sigas y por muchos años en la línea que hasta ahora y felizmente te has marcado.

Angel Palazón Cerón.
Funcionario Cuerpo Nacional
Policía. Murcia.

Golf, Medio Ambiente y otras hierbas

■ Estimado señor Giménez: Me impresionó leer días atrás su artículo-opinión sobre

CARTAS AL DIRECTOR

Golf y Medio Ambiente. Todo lo que había pensado al respecto, hasta entonces, lo desmontaba usted pieza a pieza con su perfecta argumentación.

Lo recorté y me lo eché al bolsillo ya que aquella tarde iba a jugar unos hoyos con un amigo, como tenemos por costumbre. Mejor dicho; como teníamos por costumbre, ya que verá usted qué pasó desde el momento de salir: En el coche, mi amigo empezó a mosquearse cuando le dije que tenía porte de «socio de élite» y me miró con cara extraña cuando le aseguré que aquella tarde no iba a hacer deporte sino a visitar «una industria fuertemente contaminante», llena de sustancias químicas tóxicas.

Una vez en el campo de

juego —perdón, en la «industria contaminante»— pude ver lo engañado que estaba el infeliz. Creía oler a romero y a hierba recién segada cuando la verdad es que estaba metido en «un área abiótica (sin vida)», y todo lo que nos rodeaba era artificial: los conejos que tranquilamente comían por allí (de peluche pensé yo), los pájaros de todas clases (muy bien imitados y con motor para volar) y los cantos de las tórtolas y perdices (puro sonido estereofónico perfectamente situado).

Ya casi acabando la partida, mi amigo quiso hacerme una observación sobre los distintos tonos de verde que lucían los arbustos en primavera y no se lo permití. ¡Era demasiado! Todo era plástico contaminado ya que las plantas de verdad

«habían sido eliminadas selectivamente» y el pobre no lo sabía.

Me reí ya, sin poder resistir más, a carcajadas estruendosas. Mi amigo, el ignorante, estaba totalmente engañado. Para demostrárselo eché mano del recorte de su artículo que aún llevaba en el bolsillo y se lo mostré... Después ya no sé bien qué me pudo pasar.

Ahora señor Giménez le escribo desde el Sanatorio Psiquiátrico donde estaré una temporada por consejo de los médicos.

Le ruego pase a verme cuando pueda; usted y yo tenemos mucho en común. Dígame, por favor, a sus amigos del «Instituto de Ecología Acuática» que me envíen alguna de sus publicaciones para matar el tiempo.

Gracias. Atentamente.
Francisco Fernández